



PQ 2011
E8
C658

**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

Quedan asegurados los derechos de propiedad
conforme a la ley.



**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS**

EL COLLAR SANGRIENTO

PRIMERA PARTE

LA NAVAJA EMBRUJADA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

I

LA ARGELINA

El frío era muy intenso.

El mistral, que empezara a soplar con furia a la caída de la tarde, empujaba en aquel momento ante él la lluvia de granizo que, al chocar en la tierra endurecida, producía el único ruido que turbaba el solemne silencio de la campiña corsa.

No obstante lo riguroso de la temperatura y la inelencuencia del tiempo, tres jóvenes, que tal parecían a juzgar por la soltura de sus movimientos, abandonando el arrabal norte de la pequeña ciudad de Sartene, lanzáronse con decisión al camino carretero que conduce en derechura a Ajaccio.

Envueltos en amplias capas, caminaban en silencio, juntos dos de ellos, a los que precedía el otro, como precede un cabo a los soldados que van a practicar el relevo de guardias.

De pronto, y al llegar á un sitio en que el camino forma un recodo para seguir luego bordeando la corriente del Távara, uno de los tres hombres, el que marchaba delante, detuvo con gesto imperativo á sus dos acompañantes frente á una solitaria granja cuya blanca silueta perfilábase en la obscuridad de la noche tempestuosa.

— Necesito hablar á la viuda del hombre que acaba de morir ahí; — dijo, señalando la casa con el dedo. — No es de suponer que nadie más que yo llegue á visitarla en este momento. Sin embargo, como es bueno preverlo todo, como del éxito de esta entrevista depende en gran parte nuestra fortuna, y como no quiero testigos para mi diálogo con la viuda, vais á esperarme aquí y cuidaréis de que nadie llegue á interrumpirnos.

— Aquí esperamos, Enrique: ve tranquilo y fía en nosotros; — respondieron simultáneamente los otros dos.

Seguro ya de que nadie, llegando de fuera, podría molestarle, pues sus dos hermanos de leche le eran fieles como perros, el hombre á quien hemos oído nombrar Enrique tomó carrera y de un salto se plantó en lo alto del muro de cerca: desliziéndose luego en el parque de la granja, avanzó por él hacia la habitación, á la puerta de la cual le oyeron llamar á poco los improvisados centinelas que quedaron en el camino.

La granja, cuyo muro de cerca acababa de franquear el jefe de los nocturnos viajeros, era un lugar de duelo.

Ricardo Sabielo, su propietario, enfermó desde muchos meses antes, había fallecido la víspera, en el curso de una terrible discusión por él habida con su mujer, una argelina mucho más joven que su marido, de carácter irascible, cuyas violencias y demasías hubieron de amargar lo indecible la existencia del infeliz Sabielo.

Aparte de Malaquea — que así se llamaba la argelina — en la casa habitación sólo se encontraba entonces el féretro del amo difunto; pero en el fondo del parque alzabase un pabelloncito, destinado á la servidumbre, y éste lo ocupaba en la actualidad la familia Akmet.

El jefe de ella desempeñaba las funciones de jardinero: su mujer las de doméstica, y el hijo de ambos,

Alí, muchacho de diez y seis años recién llegado del colegio en el que gracias á Ricardo Sabielo recibiera sólida instrucción, campaba por sus respetos sin ejercer cargo alguno.

Los tres eran paisanos del ama de la casa, la que por esta razón más aún que como servidores los trataba y consideraba como amigos.

Acababa de cenar Malaquea y preparábase ya á subir al primer piso para tomar el puesto de la Akmet junto al féretro del amo difunto, cuando oyó que alguien llamaba á la puerta interior de la habitación.

Creyendo que el jardinero llegaba en busca de su mujer y que sin duda había perdido la llave de que tenía costumbre de servirse, Malaquea fué á abrir sin la menor vacilación.

Al franquear el paso á quien llamaba, la sorpresa hízole dar un paso atrás. ¿Por haber visto la cara del recién llegado? No: la obscuridad del recibidor era bastante profunda para impedirle distinguir los rasgos fisonómicos; pero no tanto que no le permitiese observar en el hombre que obstruía la puerta un perfil muy distinto del de su viejo jardinero.

— ¿Quién es usted, y qué es lo que quiere? — preguntó ella con brusquedad, al mismo tiempo que se esforzaba por recobrar el perdido aplomo.

— ¿La señora Sabielo?

— Soy yo.

El joven, que no contestó á la primera pregunta, dió un paso adelante exclamando:

— En ese caso, señora, permítame usted que cierre esta puerta. Hemos de hablar de algo muy urgente y se halla usted vestida harto ligeramente para poder afrontar por largo tiempo el rigor de la temperatura.

Malaquea no podía creer lo que estaba oyendo. La audaz irrupción del visitante sorprendíala menos aún que la calma, sin duda extraordinaria, de su interlocutor, el cual había tenido tiempo de examinar y casi de palpar la blanca franela del peinador que la cubría.

— Mal escogido me parece el momento para presentarse en una casa donde se vela á un muerto; — replicó ella.

— Antes hubiera venido, señora, á poder hacerlo, créame usted. Pero ayer no tenía razón alguna para molestarla, pues ignoraba la muerte del Sr. Sabiello. Hoy la sé, y de él precisamente vamos á hablar.

— Pues entre usted; — dijo Malaquea sin poner más dificultades á su visitante.

Y después de abrir la puerta del salón, fué á tomar la lámpara que iluminaba la mesa del comedor.

Malaquea había tenido ocasión de ver muchas veces á Enrique, porque habitando éste el arrabal de Sartene, pasaba con frecuencia frente á la granja, bien para ir al río, ya para llegar hasta Propriano.

Por eso cuando la luz de la lámpara que tenía en la mano dió de lleno en el rostro de su visitante, por el cuerpo de la argelina corrió algo así como un estremecimiento.

La inesperada visita de aquel hombre era para ella como un reproche viviente y le recordaba la escena de la vispera, durante la cual, por su intratable orgullo hubo de precipitar, sin sòmbra de remordimiento, el fin de la existencia de su marido.

— ¡Usted!... — balbuceó la argelina, — ... ¡usted aquí!...

Y sin saber lo que hacía, colocó la lámpara sobre una consola mientras hablaba el joven.

— ¿Tanto sorprende á Vd. mi visita? Eso quiere decir que no esperaba usted verme por esta casa.

Malaquea se mordió los labios. Las dos palabras que la sorpresa le arrancara, eran como un reconocimiento implícito de la persona del joven. Y precisamente lo que á sus particulares intereses convenía era aparentar que acababa de verlo por la vez primera.

Queriendo reparar de cualquier modo su imprudencia, contestó al joven:

— Usted dispense mi sorpresa; le he tomado por un antiguo servidor á quien hube de despedir hace tiempo; y ahora que veo que me he equivocado, no me es posible explicarme las palabras de usted, tanto más enigmáticas para mí cuanto que me es usted totalmente desconocido.

Una sonrisa escéptica plegó los labios del audaz visitante, quien observando que no se le invitaba á tomar

asiento, se dejó caer tranquilamente en una butaca.

— Debo advertir á usted, señora, — murmuró lentamente, — que todo fingimiento es inútil conmigo. Se contradice usted sin necesidad, esperando sin duda engañarme ó intimidarme... ¡Bah! Ni usted me ha tomado por un antiguo criado, ni yo le soy tan desconocido como pretende hacerme creer... Cierto que no ha pronunciado usted mi nombre, pero lo tenía usted ahí, entre los labios, en el instante en que me examinaba:

Malaquea se dió una palmada en la frente.

— En efecto, — dijo — yo he visto su cara alguna otra vez... ¿Dónde? No sé... he debido encontrar por ahí alguna vez á usted ó bien alguno de sus hermanos... ¿No es usted uno de los hijos de Bozzo, el posadero-carnicero?

— Demasiado sabe usted que no.

— ¿Yo?

— Usted, señora.

— ¡Esto es inaudito! — gritó la argelina cuyos dientes castañeteaban por efecto de la cólera; — la impudencia de usted, joven, no tiene, por lo visto, límites. Cada una de sus palabras es para mí un enigma... Conque si quiere usted que le comprenda explíquese clarito, dígame pronto el objeto de su visita y sea lo más breve posible.

El visitante se levantó.

— Señora, — balbuceó con tristeza — he llegado hasta aquí, sin el menor sentimiento de hostilidad, créame usted. Venía para hablarle del que ya no existe, porque alguien cuidó de hacerme conocer todo lo que había de generosidad en el corazón de ese hombre bondadoso... Hace un instante me preguntaba usted si no era yo uno de los hijos de Bozzo... Se me conoce en efecto con el nombre de Enrique Bozzo, pero no tengo derecho alguno á llamarme ni á permitir que me llamen así.

Por lo que hace á mi verdadero nombre, señora, — añadió elevando la voz, — al nombre que hubiera sido para mí una santa alegría hacer honrar y respetar, he de decir á usted que no esperaba verlo llevado de modo tan indigno por la mujer de mi padre.

La argelina dió un salto.

— ¿A quién se refiere usted?

— Silencio, señora.

— ¡Callarme yo!... — rugió Malaquea en el colmo de la exasperación; — ¡callarme estando en mi casa!... Voy á hacer que lo arrojen á usted de aquí.

— Repito que se calle usted, — continuó diciendo Enrique con tranquilidad mientras oprimía entre sus dedos nerviosos la muñeca de la argelina. — Estoy aquí en reemplazo de su conciencia á la que ha puesto usted una mordaza. Lo repito: no esperaba encontrar tal duplicidad, tanta picardía y maldad en la mujer de mi padre... Ahora comprendo por qué no me ha llamado el pobre á su lecho de muerte... ¡Claro! usted ha impedido que lo hiciera... Niéguelo si es que se atreve... Ha debido usted martirizarle, y hacer cruelmente espantosa su agonía... ¡Niéguelo usted... señora, niéguelo usted de una vez!

Pero Malaquea, cuya muñeca se acardenalaba bajo la presión de los dedos de acero del joven, se contentó con murmurar:

— Me hace usted daño.

Enrique la soltó.

— Claro es — dijo — que como usted se ha encontrado á punto para robar á su paso lo que estaba destinado al desheredado, no he de incurrir en la necedad de preguntarle si mi padre ha dejado algo para su hijo... Nada ha de costarle mentir una vez más al contestarme negativamente, puesto que ha tenido usted el cinismo de asegurar que ni siquiera le habló á usted de mí, cosa que no me es posible creer... Voy pues derecho al asunto que aquí me trae. Vengo á pedirle un poco de dinero, unos cuantos miserables billetes de banco que aceptaré como un préstamo, del que me reconoceré deudor... ¿Quiere usted hacerme ese adelanto?

La argelina sonrió burlescamente.

El tono desenvuelto de su interlocutor no disminuía en nada lo que de humillante para él había en su súplica.

Colocábale esta en tal estado de inferioridad y dependencia que, comprendido por Malaquea, hubo de llenarla de alegría, haciéndole olvidar la amargura que le

produjera la afrenta que acababa de sufrir. La venganza se le ofrecía inmediata, fulminante.

Hubo un momento de silencio durante el cual los dos adversarios se examinaron como si trataran de juzgar de sus fuerzas respectivas.

Enrique era un hermoso joven de diez y siete á diez y ocho años, cuyo rostro, de color blanco mate y expresión casi infantil, iluminaban dos ojos negros como el azabache, emboscados á ambos lados de una nariz en forma de pico de águila que era la parte característica de su fisonomía.

Su estatura elevada dábale una apariencia engañosa de debilidad. La mirada, dulce generalmente, era, sin embargo, de las que saben lanzar terribles relámpagos. Tenía las manos largas y afiladas, como una mujer, pero sus dedos eran de hierro; finos engarces y músculos de acero.

Era aún un niño: pero un niño que, abandonado á sí mismo demasiado pronto, hallábase ya atormentado por las pasiones brutales, que son como las piedras de toque de la existencia.

Extremoso en todo, estaba fatalmente destinado á escalar el pedestal que es zócalo de los ángeles, ó á rodar hasta el abismo que sirve de campo de batalla á los demonios; porque su voluntad era como su mano, indomable, y no conocía obstáculos capaces de ofrecerle resistencia.

Cuanto á Malaquea Sabielo era una mujer pequeña de estatura, que en su mermada talla ocultaba una fuerza nerviosa considerable y una energía nada común.

Podía contar unos treinta años.

Su piel, de color de ámbar, y su exuberante cabellera negra, la hubieran hecho reconocer en su país, Argel, como perteneciente á una casta superior.

También los ojos eran en ella la parte más expresiva de su fisonomía, y gracias á ellos se hacía posible conocer si su propietaria se hallaba en buena disposición de ánimo ó bajo el peso de un humor agresivo; pues en el primer caso los animaba la más dulce mirada y en el segundo dijérase que ardían con fuego sombrío.

Su respuesta al interrogatorio del joven visitante fué una especie de provocación.

— No tengo dinero para usted; — dijo con voz sibilante.

Miróla Enrique á los ojos, haciendo visibles esfuerzos para contener la sorda cólera que le agitaba, y que la irónica sonrisa de la joven viuda no hacía más que atizar.

— Reflexione usted, señora, acerca de lo que se propone hacer; — dijo con esfuerzo. — Mi porvenir, y tal vez el de muchos otros, depende de su decisión. Creo tener el derecho de pedirle cuentas, y sin embargo, el respeto al amor que por usted sintió mi padre, me fuerza á ofrecerle una transacción, cuyo precio es un pedazo de pan... Ya vé usted hasta donde llevo la condescendencia; hasta el abandono del nombre de Sabielo, aun cuando me pertenece mucho más legítimamente que á usted... Sin nombre, sin fortuna, desprovisto de todo, ¿cómo lanzarme á la lucha por la existencia?... Por última vez, señora, ¿me negará usted el arma que ha de serme más útil para esa lucha, arma de que puede proveerme sin el menor perjuicio para usted, y sin que su orgullo haya de resultar herido?

— Sí, se la niego; se la niego una y cien y mil veces si es preciso... Nada le debo á usted; nada obtendrá usted de mí.

— ¿Es esa su última palabra?

— La última.

Y como si temiese que el joven se lanzara sobre ella para aplastarla en un acceso de furor inhumano, la argelina dió un paso hacia la mesa para colocarse en plena luz.

Entonces, con ademán imponente y dramático, semejante á los que adoptaban las feroces patricias de la Roma de la decadencia, golpeóse con la mano abierta sobre el vientre mientras decía:

— Toda la fortuna del hijo legítimo de Ricardo Sabielo, que alienta aquí, en mi seno, se encuentra en el escritorio de mi marido, custodiada por su cadáver. Vaya usted, si se atreve, á tomarla allí.

La cólera de Enrique se desvaneció como por encanto.

El ademán y las palabras de la argelina acababan de

enterarle de dos cosas por él ignoradas, é igualmente importantes: de que aquella mujer se hallaba en período de gestación bastante avanzado, y de que la fortuna de que ambicionaba una parte por lo menos se hallaba allí, muy cerca de él, encerrada en un mueble frágil.

Fingiéndose adoptar una rápida determinación:

— Adiós, señora, — dijo á media voz marchando hacia la puerta; — es de desear que no se encuentre usted nunca en mi camino.

Un tanto sorprendida por aquella brusca retirada que no esperaba obtener con tanta facilidad, la viuda Sabielo, tomando de nuevo la lámpara disponíase á acompañar á Enrique; pero éste había ya salido de la habitación y de la casa, y la asombrada Malaquea oyó distintamente el ruido que la verja del parque producía al cerrarse tras el despechado Enrique.

Una sonrisa de orgulloso triunfo se dibujó en los labios de la argelina.

— Bien inspirada estuve al resistir á ese hombre; no es posible que el hijo que llevo en las entrañas tenga semejante hermano.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1825 MONTERREY, MEXICO

II

DUELO EN TORNO DE UN ATAÚD

La viuda Sabielo se equivocaba : Enrique no había salido de la granja.

Presumiendo que Akmet el jardinero no debía cerrar la verja hasta el momento de acostarse, hubo de correr hacia ella para abrirla y cerrarla de nuevo de golpe, de modo á hacer creer que se iba enojado ; pero en lugar de salir avanzó por la avenida que rodeaba la casa-habitación y fué á ocultarse tras un grupo de plantas.

En pleno día, aquel abrigo por él escogido instintivamente no habría sido bastante á substraerle á las miradas de quien hubiese pasado por aquel sitio, pues despojados de verdura, los arbustos formaban una cortina demasiado transparente. Por fortuna para Enrique el cielo cargado de espesas nubes no proyectaba sobre el parque claridad alguna, y por otra parte, gracias á su estratagema de hacer sonar la verja, todo el mundo que hubiera podido verle antes debía creerlo ya lejos. Estaba pues seguro.

Sin embargo, su seguridad no era más que momentánea. Imponíase la necesidad de substraerse á la atención del jardinero, de su mujer ó de su hijo que podían pasar por allí.

Desde su escondite Enrique distinguía bastante bien

la fachada de la casa, y en ésta una sola ventana iluminada, sin duda la de la habitación ocupada por el cadáver de Ricardo Sabielo.

¿Por qué había llegado el joven hasta allí ? ¿Qué era lo que se proponía hacer ? El mismo no hubiera podido contestar á estas preguntas.

La visión del escritorio lleno de oro, atestado de billetes de banco, flotaba en su cerebro, y por dos veces, eso sí, confusamente, la idea del robo había atravesado por su imaginación.

Detúvose á pensar.

Poco á poco fueron tomando cuerpo sus culpables intenciones, y llegó hasta á encontrar excusas para ellas.

En un momento dado, como su mano temblorosa encontrase al tocar su cintura el mango de una navaja, último regalo del tío Bozzo, el posadero-carnicero de Sartene, en cuya casa creciera y se educara, Enrique perdió por completo la poca calma que le restaba.

Dos relámpagos salieron de sus ojos, crispáronse sus manos, mordió con fuerza sus labios, y azuzado por el demonio de la perversidad dióse á hablar solo, pero en voz baja, por su instintiva desconfianza de los oídos indiscretos que hubieran podido sorprender sus desig-nios.

— A esto he venido á parar... — murmuraba formulando para él solo sus malsanos pensamientos — no tengo más remedio que abandonar este miserable país, mi patria, alejarme como un vagabundo de mis amigos, de la familia que me adoptó, sin sospechar siquiera ni hacia donde iré... Tal vez mañana habré de mendigar el pan... Qué digo mañana, ¡ pues si ya he mendigado esta noche !... Sí, estas manos se han tendido hacia una mujer con corazón de piedra para implorar de ella como una limosna lo que se me debe, y sin embargo me ha rechazado... ¡ Maldición ! Si quisiera trabajar no me sería posible hacerlo. He pasado mi niñez encerrado como una planta en esta isla en medio de estas gentes de costumbres primitivas, y me atrae el vicio que ignoro... Sí ; yo he nacido para el ocio, para las dulces embriagueces, para los encantos debilitantes de la vida fácil... Y sin

embargo me siento dotado de nobles facultades que habrían podido servirme, y yo habría sido sin duda un hombre honrado sin mi desgraciado nacimiento, sin el sordo rencor que la sociedad me merece por la posición inferior de que soy víctima... Contra lo irreparable, ¿qué hacer? Nada, yo lo sé, y por eso nada he hecho... Aunque sí, he aumentado deliberadamente el envilecimiento de mi dignidad y de mi inteligencia, corrompiendo al mismo tiempo mi corazón en un cuerpo virgen todavía... ¡Cuánto deseo el placer que mata, el placer infame! Por eso no veo la hora de ir á París: solamente allí se encuentra el lamedal inmenso en cuyo fango es posible revolcarse á gusto... Me gusta el dinero, el oro que proporciona todos los goces de los cuales, sin saber por qué, siento una sed devoradora. Pero odio á las mujeres. Ellas han sido y serán siempre causa de mis desgracias; por eso soy su enemigo declarado. ¡Las aborrezco, empujando por mi madre que me abandonó, y á la cual maldigo!...

Un estremecimiento recorrió su cuerpo al oír cómo su propia voz pronunciaba tan horrible blasfemia.

— A esto he venido á parar... — repitió. — ¡Ah, si estuviéramos aún en aquellos buenos tiempos en que las gentes ávidas de goces traficaban con Satanás á quien vendían el alma, creo que no hubiera aceptado la mía el rey del averno ante el temor de perder en el cambio... Dicen que los muertos ven lo que pasa aquí abajo. Si eso es verdad, ¿cómo debe estremecerse el cadáver de mi padre en su ataúd, ahí, en esa habitación, al leer en mi pensamiento! ¡Él, un hombre tan leal, cuya única falta en su vida fué la de darme la existencia!... Voy á robar...

Al pronunciar estas últimas palabras llevóse ambas manos al corazón, como si pretendiera comprimirlo para hacer menos penosos sus latidos; su voz se hizo sorda y ronca:

— No, no; no me es posible permanecer aquí... Precisa que me escape ahora, mientras aún es tiempo... La mujer del jardinero abandonará de un momento á otro la custodia del cadáver, y una vez sola con él la otra mujer, la del corazón de piedra, ¿quién es capaz de contenerme?

Los ojos de Enrique seguían mirando la ventana iluminada, con tenacidad invencible.

Una infernal sonrisa plegó sus labios mientras seguía repitiendo:

— Huir... sí, precisa huir de aquí... Porque esa sombra que acaba de pasar tras de los cristales es la de la mujer de mi padre... Ahora es ella la que va á velar... Y yo no seré bastante fuerte para resistir... ¡Huyamos!... ¡No, quieto aquí!

Esta última contradictoria decisión habíala provocado un ruido de pasos que hacía crujir la arena de la avenida.

Era la mujer de Akmet, la doméstica. Relevada por un rato por su ama de la obligación de custodiar el cadáver, iba la pobre en busca de su marido al pabellón por ellos habitado en el fondo del jardín.

Apenas hubo pasado la mujer enderezóse Enrique, y estiró sus miembros, que el frío empezaba á entumecer.

Ya no pensaba ni podía pensar en huir. El movimiento generoso había tardado mucho en producirse.

Mientras cenaba la familia Akmet, Enrique no tenía nada que temer: estaba al abrigo de toda sorpresa.

Comprendiéndolo así abandonó su escondite, avanzando enseguida hacia un montículo cubierto de césped desde lo alto del cual le era posible distinguir en parte lo que ocurría en la cámara mortuoria.

Lanzado ya, nada habría podido detenerle en el camino de la aventura que iba á correr; y si no había escalado ya el balcón, era sencillamente porque en su fuero interno hubo de conceder tres minutos de gracia á Malaquea.

No es que se propusiera matarla en el caso de que la viuda cubriese con su cuerpo el codiciado mueble. No, tal idea estaba muy lejos de su pensamiento; pero esperaba que por un motivo ú otro abandonaría ella la habitación, aunque no fuese más que un instante, que él aprovecharía para llevar á buen término su proyecto.

Unos cuantos segundos nada más y ya tenía bastante tiempo para descerrajar el escritorio, apoderarse de su contenido y huir con el botín.

¿Que la argelina se presentaba en el curso de la operación? ¡Bah! amordazarla y atarla como un salchichón

sería para Enrique obra de un instante, sin dar siquiera tiempo á la temeraria para exhalar un grito.

Combinado pues su plan, el joven esperó. Acostumbrados sus ojos á la obscuridad, percibía claramente cuanto pasaba á distancia : érale pues fácil ver cómo la joven viuda iba y venía por el cuarto, y hasta adivinaba casi cada uno de sus movimientos.

Y sucedió que lo que él previera sin fundamento alguno, hubo de realizarse exactamente. Al terminar los tres minutos de gracia vió cómo Malaquea, empuñando un candelero, encendía la vela desapareciendo en seguida por una puerta que debía comunicar sin duda con alguna habitación recayente al camino.

— ¡ Adelante ! — se dijo Enrique.

Y corriendo hacia un viejo castaño cuyas ramas principales frotaban la fachada de la casa, abrazóse al enorme tronco y trepó por él con la agilidad de un clown, no obstante las gotas heladas que bañaban la rugosa corteza dificultando mucho la ascensión, hasta hacerla casi impracticable. Alcanzó al punto los hierros de un balcón y segundos después hallábase de pie en éste gracias á una flexión prodigiosa que no habría dejado de ser admirada por un profesor de gimnasia si hubiese podido verla.

En el cerebro del joven zumbaba aún la frase pronunciada por Malaquea.

« Toda la fortuna del hijo legítimo se encuentra en el escritorio. »

¡ Todo para el hijo legítimo, todo !
El dinero, el honor, el nombre.

Pero, ¿ acaso él, Enrique, había pedido que su nacimiento tuviese lugar fuera de la legalidad ? ¿ Debía soportar durante toda su vida las consecuencias de una falta de que él era inocente ?

¡ Ah ! La intratable argelina había sido causa, con sus palabras, de que el cáliz de amargura desbordase. ¿ Por qué le había arrojado á la cara, como se arroja un guante en audaz provocación, la noticia referente al escritorio, que podía haberselo callado ?

Pero no hay sufrimiento que no tenga su término... Era llegado el instante de domar el orgullo de aquella mujer y de castigar su avaricia.

Maquinalmente llevó Enrique la mano á su cintura para asegurarse de la presencia en ella de la navaja, que en sus recientes ejercicios gimnásticos podía haber perdido.

— No sé porqué no se la dejé á mis hermanos, — pensó al asegurarse de que tenía el arma.

Y esto no era más que un modo como otro cualquiera de asegurarse á sí mismo de la inutilidad de haberse provisto de aquella herramienta para penetrar en una casa habitada no más por una mujer, contra la cual no había de pensar en esgrimirla.

Como es natural, todas estas reflexiones hubo de hacérselas el joven en menos tiempo del que se precisa para leerlas ; pues apenas sus pies tocaron el balcón, que ya su codo, apoyado con fuerza en uno de los cristales, proyectaba este hecho pedazos al interior, sin hacer gran ruido gracias á la funda de una butaca que lo amortiguó, por caer sobre ella los pedazos.

Hecho esto, y sin detenerse á averiguar si alguien había podido oírle, su mano dió vuelta á la falleba, y penetró en seguida resueltamente en el cuarto.

A la luz vacilante de dos velas que de cada lado de un gran crucifijo de marfil ardían sobre veladores cubiertos de paños blancos, pudo ver Enrique, apoyado en dos sillas y cubierto por amplio tapiz negro sembrado de lágrimas de plata, en cuyo centro una enorme cruz blanca parecía extender sus brazos redentores, el ataúd en que dormía su último sueño áquel cuya morada estaba violando en aquel instante.

No estaba aún enteramente atrofiada la conciencia del desgraciado joven, como lo prueba el hecho de que aquel tristísimo espectáculo hubo de conmoverlo profundamente, hasta el punto de que en vez de apresurarse á cometer el crimen premeditado, como si una poderosa emoción paralizase sus movimientos, sus rodillas se doblaron ante los restos de Ricardo Sabiello, y su mano temeraria se apoderó de la rama de boj bendecido que bañaba en una copa de plata llena de agua bendita y colocada en el suelo.

— ¡ Manos á la obra ! — exclamó de pronto arrancándose á su muda contemplación. Y haciendo un gesto que

indicaba una resolución desesperada, levantóse para orientarse.

La riqueza y originalidad del mueblaje hubieron de sorprenderle; sin embargo, sólo tuvo una mirada distraída para los mil objetos de arte, recuerdos de lejanos viajes en su mayoría, que adornaban la habitación.

Una de las cosas en que primero hubo de fijarse fué el péndulo, cuya caja, de bronce dorado á fuego, brillaba al resplandor de las velas, y cuyo monótono tic-tac era el único ruido que turbaba el silencio augusto de la muerte.

Aquel péndulo, monumental, único sin duda en su género, había debido costar un dineral.

Un grupo de figuras talladas en el metal representaba algo así como un conclave de los dioses de la India Vishnú y Civa, apareciendo ambos rodeados de una legión de genios y de demonios, y como dando escolta á Lakshmi, diosa de la belleza y del amor, la cual señalaba con el índice de su mano diestra la hora en la esfera empotrada en el vientre del elefante Ganesa.

La segunda cosa que viera Enrique fué su propio rostro, cuya descomposición era espantosa; viólo reflejado en un espejo, por encima del dedo de la diosa, y tan cambiado se encontró que tuvo miedo de sí mismo.

Habiendo vuelto la cabeza para abstraerse á su propia visión, un mueble turco, de extraña forma, adornado con dos tableros pintados sobre esmalte, atrajo inevitablemente sus miradas.

De los dos tableros, uno, el de abajo, empotrado en una especie de marco con calados finísimos, representaba al rey Clodoveo en la batalla de Tolbiac, y en él aparecía una inscripción conteniendo las mismas palabras con que según la tradición formulara sus deseos el gran monarca: « ¡Oh Dios que Clotilde adora, dame la victoria y creeré en tí. »

El tablero superior, calado como el otro, con delicado trabajo de marquetería, representaba también un campo, de batalla en el centro del cual Constantino el grande, emperador de Bizancio, estaba representado en pie y en actitud de contemplar una cruz en el cielo. Influido sin duda el artista por una idea mundana, en vez de pintar

dicha cruz, como había pintado todo lo demás, hubo de formarla con monedas de oro, cuyos metálicos reflejos retenían las miradas de Enrique, fascinándole. Y como es consiguiente, caricaturizado de tal modo el signo de redención, el sentido de la leyenda de que es héroe el gran Constantino variaba en absoluto.

Así hubo de comprenderlo Enrique. Para él, la fortuna estaba allí... el becerro de oro ocultaba su alma de metal tras aquella cruz acuñada, cuya inscripción, sólo comprensible para los iniciados, parecía gritarle á él: « Conmigo vencerás. »

Dominado por la pasión que le inspiraba ese oro con el que todo se consigue y que él no conocía más que por haber oído pregonar sus excelencias, el joven se acercó al mueble, jadeante, lívido, encorvado, arrastrando penosamente los pies.

El corazón del miserable latía con fuerza horrible, como si quisiera romperse; eran tan violentas las palpitaciones, que casi le ahogaban.

Helado sudor humedecía sus sienas.

Avanzaba con trabajo, tratando de persuadirse de que todo aquello era un sueño, de que no podía él haber caído en semejante abyección...

Seguía avanzando, fija la mirada, rígido el cuello, haciendo esfuerzos sobrehumanos por no volver la cabeza, porque se le antojaba que el cadáver, abiertos los ojos, atravesaba con su vidriosa mirada la tapa del ataúd y el funerario paño, para reprocharle su atentado contra aquella fortuna que él, el muerto, custodiaba. Y tan penosa se le hizo en un momento dada esta impresión que armó su navaja como con intención de herir.

Pero el contacto del hierro produjo en él un efecto extraordinario; en un instante desaparecieron, se evaporaron sus dudas y sus remordimientos, y el cinismo se adueñó de su alma.

Sonriendo siniestramente murmuró:

— ¿Pues no iba á conducirme como una mujerzuela?...

¡Como si no tuviera algo mejor que hacer!...

El arma que oprimía entre sus dedos era enorme: la luz de las velas reflejábale en la hoja arrancando á la misma azulados reflejos.

Dicha arma singular era una navaja; medía la hoja como treinta centímetros de largo y siete de ancho, y su punta era agudísima. El mango, de cuerno de búfalo, tenía un anillo con un resorte para mantener la rigidez del arma una vez abierta y se hallaba adornado con incrustaciones de plata indicadoras de su noble origen. En la hoja, finamente damasquinada, y más cerca del mango que de la punta aparecía profundamente grabada esta leyenda: « Sin quererlo le mato. »

Más adelante sabremos cómo y porqué el tío Bozzo, propietario de la curiosa navaja, había creído conveniente regalársela á Enrique.

Bastábale á éste dar un paso para tocar al mueble.

Hízolo así deliberadamente, y su navaja, manejada con habilidad, penetró entre el esmalte y el oro de la cruz, haciendo saltar de este modo el pestillo de la cerradura secreta que se encontraba debajo.

Luego de haber cortado por un procedimiento semejante el nudo gordiano, consiguió Alejandro el imperio del mundo.

Menos ambicioso que él, Enrique se contentaba con encontrar al alcance de su mano el oro deseado, esto es, la facilidad para los placeres y la posibilidad de satisfacer sus rencores.

Al girar sobre charnelas invisibles el tablero del vencedor de Majencio dejó al descubierto toda una serie de pequeños compartimientos en los que aparecían, ordenados con cuidado metódico, paquetes de billetes del Banco, valores de todas las procedencias, rollos de papel conteniendo monedas, y multitud de alhajas cuajadas de piedras preciosas que, heridas por la luz, lanzaban chispas multicolores.

Deslumbrado en presencia de riqueza tanta, Enrique la contemplaba inmóvil, sintiéndose incapaz de evaluarla.

De su garganta seca escapábase un ronco silbido que parecía armonizarse con el tic-tac del péndulo. Su vacilación duró pocos momentos, y en primer término se apoderó de una voluminosa cartera sin detenerse á examinar su contenido. Luego los valores y los mazos de billetes fueron pasando sucesivamente de los comparti-

mientos en que estaban á los bolsillos de Enrique. Este desdeñó los paquetes de moneda, cuyo peso hubiera podido embarazarle; y mientras se apoderaba de las alhajas que le parecían más ricas, regocijábale interiormente ante la perspectiva de los gozes sin cuento que aquel botín le aseguraba. Y sucedió que cuando mayor era su entusiasmo ante los espléndidos horizontes que abiertos veía, el chirrido de una puerta que sin duda giraba sobre sus goznes, le obligó á volverse, estupefacto.

Malaquea Sabielo había oído crujidos extraños en la alcoba en que reposaba su marido y presa de un vago presentimiento hubo de armarse de un puñal marroquí y allí estaba, detenida en el umbral, el candelero en una mano y el puñal en la otra.

Aterrado de verse cogido con las manos en la masa, temiendo que la emoción intensa que sentía le hiciese caer al suelo, el ladrón se apoyó con fuerza en el mueble que acababa de descerrajar, cuyas planchuelas, poco sólidas, cedieron bajo la insólita presión, siendo esto causa de que una verdadera cascada de monedas de oro se desparramase por el suelo.

La voz de la argelina sonó entonces, incisiva y burlesca.

— ¿Se empeñó usted en llevarse algún dinero, verdad, joven?... Pues bien, — continuó, — si tal ha pensado usted, será preciso que se convenza de su error.

La voz de Malaquea era tranquila. En realidad no la sorprendía la segunda visita del joven, y el cambio que se había operado en la actitud de éste no era bastante á alterar su inalterable sangre fría, pues realmente era una mujer de armas tomar, que ignoraba lo que es el miedo.

Enrique no contestó; lejos de irritarse por las palabras de aquella mujer á quien odiaba, convencido de lo enorme de su delito y subyugado por cierto tardío arrepentimiento, hallábase ya casi dispuesto á restituir lo robado y á alejarse para siempre de aquella casa llevándose como único botín su antigua miseria aumentada con el peso de una vergüenza más, cuando sus dedos tropezaron con el mango de la navaja abierta.

En un instante cambió por completo la expresión de

su fisonomía. Ya no era el mismo hombre que momentos antes juzgaba ridícula su precaución de haberse provisto de un arma homicida.

Toda su sangre parecía haberse agolpado á la cabeza, golpeándole furiosamente en las sienes : hubiérasele dicho atacado de locura furiosa y ávido de matanza.

Rechinando los dientes como un poseído lanzóse de pronto sobre Malaquea. Esta había seguido con curiosidad la metamorfosis que se operaba en el rostro del ladrón, y creyendo llegado el momento de aprestarse á la defensa, desembarazóse del candelero para salir al encuentro de su contrario.

Encontráronse ambos junto al catafalco.

La cara de Enrique tenía en aquel instante temerosa expresión de ferocidad, y la contracción de sus músculos la hacía aparecer horrible ; brillaban sus ojos con fulgor siniestro y sus labios crispados expresaban la falta de inteligencia que caracteriza al bruto, la cólera espantable de la bestia.

¿Qué encanto funesto ejercía la navaja para cambiar de tal modo el carácter y hasta el físico de aquel hombre ?

El rostro de la argelina respiraba por el contrario la calma y la frialdad más perfectas.

Era en verdad el prototipo de la mujer fuerte.

En cualquiera otra circunstancia habría prevenido indudablemente el ataque de su adversario ; pero, en aquel momento, su avanzado estado de embarazo le imponía la prudencia, tanto más cuanto que en su fuero interno aún abrigaba la esperanza de que el intruso, deshaciéndose del fruto de su rapiña, alejariase en fin sin que fuese necesario recurrir á medios violentos para obligarle á abandonar la plaza.

No tardó sin embargo en comprender lo vano de su esperanza, y cuando lo hubo comprendido aprestóse valerosamente á la lucha, de cuyo resultado dependía la fortuna ó la ruina del ser inocente que se agitaba en sus entrañas.

Midiéronse con la vista al encontrarse ambos adversarios, y sin pronunciar una palabra levantaron simultáneamente las armadas manos. La izquierda de Malaquea se apoderó en el aire del puño derecho de Enrique,

mientras que su brazo armado quedaba oprimido como en un torno por la férrea mano zurda del ladrón.

Comenzó entonces un duelo espantoso, duelo á muerte, al arma blanca, mudo y sin testigos, entre aquel hombre fuerte como un roble, y una mujer embarazada.

Las velas de la capilla ardiente alumbraban el singular combate, cuyas peripecias parecían seguir con ansiedad de un lado las glaucas pupilas de los dioses de bronce y del otro los ojos tristes del Cristo de marfil.

Proseguía el duelo.

Aunque ya tocada varias veces, defendíase Malaquea con tesón, sostenido por su excitación nerviosa ; pero de ella, más ó menos pronto, debía triunfar fatalmente el hombre.

Todavía no corría la sangre ; pero el puñal marroquí estaba en el suelo, y el brazo derecho de la argelina, fracturado por una violenta torsión, hubo de caer inerte, inútil ya para la defensa.

No obstante el dolor atroz que la fractura debió ocasionarle, las labios de la estoica mujer no se abrieron para dar paso á una sola queja, y continuó su inútil resistencia mostrando el cuello y una parte de su seno á favor de los desgarrones que la zarpa de Enrique hiciera en el peinador que la cubría.

Observando que sus fuerzas se agotaban, segura de que era de todo punto inútil esperar misericordia de parte de su agresor, hizo Malaquea un supremo esfuerzo y se arrojó sobre el miserable en el momento mismo en que su segundo brazo seguía la suerte del primero.

Sordo rugido retembló en el pecho de Enrique, quien se hizo atrás de un salto. Era que los dientes acerados de la argelina acababan de incarse en su frente arrancando de ella un pedazo de carne.

Toda la fuerza, toda la energía que aún restaba á Malaquea parecía haberse disipado en este asaltopostero. Flaqueaban en efecto sus piernas bajo el peso del cuerpo, y los brazos, inutilizados, no podían serle ya de ningún auxilio.

Ebrio de cólera, hundió Enrique sus dedos convulsos en la abundosa cabellera de su víctima y levantándola á pulso la arrojó como un fardo sobre el féretro.

Hubiérase dicho, al verla así extendida sobre la blanca cruz del paño mortuario, que era una mujer crucificada. Y sí que lo era. Ni un detalle debía faltar al horror sublime de aquella escena: ni un sufrimiento sería ahorrado á la mujer sin ventura. La violencia de las emociones por las que acababa de pasar habían apresurado el término de la gestación, y á los acerbos dolores de las fracturas de Malaquea llegaron á sumarse los precursores del alumbramiento.

Enrique, cegado por la sangre que le caía en los ojos, no había advertido nada, no adivinaba aún el nuevo drama; la suerte de la argelina hubiera sido de todos modos la misma, ya que nada bueno le era dado esperar de aquel ser, verdugo suyo, que nada tenía de humano.

Por espacio de un segundo tuvo él la navaja suspendida sobre la cabeza de su víctima, cuyos ojos, demesuradamente abiertos, la vieron al fin caer, atravesando el espacio como azulado relámpago.

La estoica argelina hubo de mostrarse la misma hasta el instante supremo; ninguna de las torturas de su doble martirio fué bastante á arrancarle un solo grito.

El arma había hecho en su cuello una enorme herida, un tajo horrible que comenzando junto á la oreja derecha y seccionando la garganta, iba á terminar cerca de la oreja izquierda. Del abierto cuello se escapaba á torrentes la sangre, que tiñó de púrpura en un instante la blanca franela del peinador y la cruz del paño mortuario.

Un juez de instrucción á quien se hubiese preguntado qué nombre podía darse á aquella herida que cortaba la yugular y la carótida, habría vacilado seguramente al contestar; pero un carnicero no hubiese dudado en atribuir aquel *tajo maestro* á un hombre del oficio.

Realizada su hazaña, Enrique, en el paroxismo de la demencia, atacado de una especie de *delirium tremens*, apoyóse enérgicamente contra el ataúd para cebarse en su víctima.

Y entonces ocurrió una cosa extraña y horrible, algo que sólo puede producirse en algunas casas corsas en las que los suelos son de solidez muy relativa.

Cediendo al peso enorme de los dos cadáveres, el ataúd rompiendo una de las dos sillas en que estaba apoyado,

llegó á herir el pavimento con uno de sus ángulos herrados, y esto con tal violencia, que cediendo á su vez las maderas carcomidas del suelo, se abrió en éste un boquete. Durante un segundo el féretro de Ricardo Sabielo osciló al borde de la abertura, desapareciendo enseguida por ella, y arrastrando tras él el cuerpo inerte de Malaquea.

Como si la luz se hubiese hecho de pronto en el cerebro entenebrecido de Enrique, éste se hizo atrás instintivamente, temeroso sin duda de rodar á su vez tras de su víctima. Esta había ido á caer á la antesala, así como el féretro, que al chocar contra los ladrillos, produjo un ruido como de un cañonazo, abriéndose en el acto violentamente.

Iba el asesino á acercarse al boquete para tratar de ver el resultado de su hazaña, cuando las campanadas del péndulo monumental obligaronle á volver la cabeza; y vió entonces, junto á la entornada puerta por donde llegara poco antes la argelina para sorprenderle, en la penumbra de la habitación vecina, dos pupilas fosforescentes que parecían fijas en él con obstinación implacable.

¿Es que iba á verse precisado á cometer un nuevo crimen? Así lo temió Enrique por un momento, y decidido á todo, pues de su decisión dependía su seguridad personal, avanzó sin vacilar hacia el nuevo peligro.

En su mano derecha seguía brillando la navaja, cuya hoja había enjugado en el paño mortuario que quedara en el suelo.

No tuvo sin embargo que hacer uso del arma fatídica. Las pupilas fosforescentes pertenecían á un soberbio gato de angola, que huyó al aproximarse el joven.

Volvió éste á acercarse al boquete.

La puerta del piso bajo acababa de abrirse dando paso al jardinero y á su mujer, quienes terminada ya la cena habíanse provisto de una linterna sorda para atravesar el jardín.

Un doble grito se escapó de sus labios en presencia del espectáculo que se ofrecía á sus ojos; y el asombro, el espanto de los dos viejos, no tuvo límites al cerciorarse de que allí, cerca de ellos, se escuchaba algo así como débiles vagidos.

Arriba, inclinado al borde de la abertura, el asesino sentía erizarse sus cabellos ante el macabro espectáculo, de imposible descripción, que alumbraba la linterna de los dos viejos. Temblando como un azogado, hubo de tomar entre sus manos su cabeza y oprimir fuertemente las mandíbulas para que su boca no se abriese, para no gritar su espanto y la angustia inmensa que le dominaba.

Realmente el cuadro mudo que ofrecía la antecámara era de un realismo horroroso, y susceptible de provocar el desequilibrio de la imaginación del culpable, por muy sólido que fuese el cerebro del mismo.

El ataúd, abierto al chocar contra los ladrillos, dejó escapar el cuerpo que le fuera confiado. Uno de los brazos de Ricardo Sabielo, algo apartado del tronco, servía de almohada á la cabeza de Malaquea, cuya herida, cerrados ya los bordes, semejaba un collar coralino que rodease el robusto cuello.

Y allí, en el serrín teñido en sangre en el que dos recién nacidos se agitaban, cerrados aún sus ojos á la luz, los cuerpos de ambos esposos aparecían unidos, en los umbrales de la noche eterna, por un último y glacial abrazo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

III

LA FAMILIA ADOPTIVA

La víspera de esa noche terrible, y poco más ó menos á la misma hora en que ocurrían los sucesos relatados, regresaba Enrique de una excursión á Ajaccio, y entraba, sin llamar previamente, en la sala baja de una casa situada en el límite del arrabal oeste de Sartène.

Esta casa merece una especial descripción.

Componíase en primer término de una amplia habitación, para llegar á la cual desde la calle era preciso bajar tres escalones.

A más de la puerta de entrada, única comunicación con el exterior, contaba el cuarto con dos grandes ventanas cuyos marcos carcomidos soportaban aún en la parte de arriba cristales de color verde botella, y en la de abajo grandes cuadros de tela alquitranada, clavados en el sitio que un tiempo debieron ocupar los cristales desaparecidos.

El suelo estaba sin embaldosar; formábalo la tierra removida en todo el perímetro de la habitación, excepto en el espacio comprendido ante la grande y antiquísima chimenea, pues en este la tierra hubo de ser reemplazada, sin gran ventaja ciertamente, por un empedrado de guijarros unidos unos á otros con cemento.

Nada de particular ofrecía la chimenea á la contem-